

Cempoala, lugar de veinte aguas*

Tenemos frente a nosotros un libro extraordinario, que aparte de bello y con una hermosísima edición es por muchos motivos un tesoro. En él se juntan cuatro reconocidos investigadores: Antonio Saborit, Félix Báez-Jorge, Sergio R. Vásquez Zárate y David Maawad, quienes desde la historia, la antropología y la arqueología conjuntan un texto que nos habla de la expedición arqueológica de Cempoala, organizada por Francisco del Paso y Troncoso en 1889, en pleno gobierno de Porfirio Díaz.

El “Prólogo” a cargo de Antonio Saborit nos ubica en el contexto de fines del siglo XIX en la calle de Moneda de la Ciudad de México, donde el joven Museo Nacional, que años después se convertiría en el Museo Nacional de Antropología e Historia, comenzaba a organizar las colecciones de antigüedades y donde Leopoldo Batres, como inspector y conservador de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, publicaba la primera carta arqueológica del país en la que

señalaba los sitios arqueológicos y las líneas de ferrocarril que conducían a ellos. Batres, artífice del costoso traslado del monolito de la diosa Chalchiuhtlicue desde la Pirámide de la Luna de Teotihuacán hasta la nueva galería del Museo Nacional, se pasó ocho meses organizando las complicadas maniobras, mientras Francisco del Paso y Troncoso era nombrado director de dicho museo en 1889.

Saborit nos presenta a un Francisco del Paso cuya formación como médico marcó su gusto por la historia de nuestro país, a raíz de sus investigaciones sobre la medicina del México Antiguo y la botánica entre los nahuas, y quien a sus 48 años ya era reconocido por sus habilidades como historiador y traductor; además, tenía el mérito de haber inaugurado la cátedra de lengua mexicana en la Escuela Nacional Preparatoria desde febrero de 1886 y de haber colaborado, traducido o cotraducido y publicado importantes textos en esa lengua, como *Los Anales de Cuauhtitlán*, una *Gramática de la lengua azteca o mexicana* o el *Gran diccionario de la lengua mexicana*, en los *Anales del Museo Nacional* o en diferentes columnas de revistas y periódicos de otros países. La riqueza de los temas de sus investigaciones y el círculo de amigos, mecenas y colec-

* Antonio Saborit, Félix Báez-Jorge, Sergio R. Vásquez Zárate y David Maawad, *Cempoala, lugar de veinte aguas*, Secretaría de Cultura/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Veracruzana, 2018, 237 pp.

cionistas que lo rodeaban, nos remite a su verdadero interés por las anti-güedades mexicanas. El autor sugiere que la traducción que hiciera don Francisco del Paso de los escritos del padre Pedro José Márquez, despertó su curiosidad por los acontecimientos relacionados con el primer contacto de Hernán Cortés en las viejas playas del Golfo de México en 1519. Su iniciativa por la creación de una “sección especial de documentos raros, inéditos y curiosos, relativos a la historia patria”, seguramente fue influida por su cercanía a personajes de la vida literaria e investigadores de la talla de Jesús Galindo y Villa, Alfonso Herrera y Manuel Orozco y Berra, entre otros, y lo que lo motivó posteriormente a reunir los Papeles de Nueva España y el Epistolario de la Nueva España (1505-1818), colecciones de 12 y 16 volúmenes, respectivamente.

Veracruzano de nacimiento, Paso y Troncoso (Veracruz, México, 8 de octubre de 1842-Florenca, Italia, 30 de abril de 1916), comenzó la expedición científica en Villa Rica a finales de abril de 1890, para continuar en Cempoala, a la que describió como “primera población aliada a los conquistadores”, y luego en El Tajín. El equipo, compuesto por ingenieros militares, dos fotógrafos, ocho zapadores, un guía terrestre, un lancharo y tres o cuatro cargadores, acompañó el recorrido y registro de los monumentos que se iban descubriendo y

aguantó los rigores y sacrificios a los que el bajo presupuesto los sometía, pero que bien valían la pena por los resultados que surgirían del estudio de las colecciones recuperadas. Los integrantes de la expedición regresaron a la Ciudad de México el 26 de abril de 1891.

Paso y Troncoso trató de hacer más que un informe de los siete meses que duró el periplo en el que conjuntó dibujos, planos, fotografías y colecciones, pero su enorme carga de trabajo y luego su salida del país para presentar parte de esos materiales en la gran Exposición Universal con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, ocasionaron que ese proyecto quedara prácticamente en el olvido, hasta ahora que el equipo que integra este libro se abocó a rescatar las imágenes y textos para cumplir con una parte del anhelo de don Francisco.

Félix Báez y Sergio Vásquez, en su texto “Lugar de veinte aguas”, nos llevan a la Cempoala que vio Hernán Cortés, a la gran ciudad mesoamericana que los españoles compararon con Sevilla, por ser la población más grande que habían encontrado en el Nuevo Mundo y que luego llamarían “Villa Viciosa” por la abundancia de recursos y la gran cantidad de habitantes que los recibió con algarabía y gran sorpresa. Los autores analizan las causas del colapso de esa gran urbe que pudo tener hasta treinta mil

habitantes y que se alió a los conquistadores contra los ejércitos de la Triple Alianza del Altiplano; también revisan los dramáticos cambios que se presentaron en las poblaciones costeras a raíz de la incursión hispana y en la tenencia de la tierra a lo largo de la historia colonial, como estancias de ganado y encomiendas, hasta que los árboles enraizaron en los basamentos piramidales de la antigua urbe y la vegetación cubrió las pinturas policromadas cargadas de simbolismo para sus habitantes. Ya para el siglo XIX el enorme latifundio de Antonio López de Santa Anna y su famosa hacienda de Manga de Clavo, llegaría a tierras de Cempoala. En la época en que don Francisco del Paso llegó con su expedición, los terrenos que por entonces se conocían como El Agostadero, pertenecían a don Fermín Zárate y la antigua ciudad dormía bajo el manto de un bosque tropical.

La vida del ilustre veracruzano y la conformación de la Comisión Científica Exploradora, ocupan la segunda parte del texto de Báez y Vásquez, quienes con una rica reseña nos muestran cómo se conformó dicha Comisión, precursora de la Junta Colombina de México, integrada por órdenes del presidente Porfirio Díaz en atención a una invitación del gobierno español para formar parte de la gran exposición histórica que se presentaría en Madrid en octubre de 1892, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento

de América. Exposición en la que nuestro país participaría con más de diez mil objetos de las distintas regiones y culturas de México.

Por estos autores nos enteramos que don Francisco del Paso también era integrante de la Sociedad Fotográfica Mexicana y que tal vez por ello puso especial énfasis en las fotografías durante su expedición. Eligió a Rafael García, fotógrafo al servicio de la Secretaría de Guerra, como encargado de registrar todos los pormenores del trabajo cotidiano. Por la calidad de las imágenes que engalanan esta edición se puede adivinar que además de gran fotógrafo, don Rafael poseía un buen equipo compuesto por cámaras, lentes y placas de vidrio; no por nada obtuvo medalla de plata en la Exposición Histórico-Americana de Madrid. El gran pintor José María Velasco, como dibujante del Museo Nacional, realizó 30 dibujos basados en dichas fotografías y para nuestro deleite, algunos de ellos aparecen entre las páginas de este libro. La medalla de oro la obtuvo la colección de antigüedades que conformaron la exposición, junto con los dibujos de Velasco, el plano y perfiles realizados por el teniente Fernando del Castillo y el plano levantado por el capitán Pedro Pablo Romero. Las fotografías de Rafael García merecieron la medalla de plata y los modelos preparados por Manuel Tapia la de cobre.

Las peripecias y pormenores de la expedición, como fue el intento de tra-

tar de localizar las embarcaciones hundidas por Juan de Escalante frente a la Villa Rica por órdenes de Cortés, nos muestran el interés de la Comisión por conjuntar todos los datos posibles sobre la presencia española en tierras de la costa del Golfo.

A través de las placas fotográficas de Rafael García presenciamos paso a paso cómo los zapadores fueron talando y chapeando la maleza para luego excavar en los alrededores de los edificios, mostrándonos los hallazgos de la Comisión y la manera en que se fue haciendo el registro para el plano topográfico levantado por el capitán Romero y el teniente Del Castillo, elaborado con tan extraordinario detalle (a escala 1:3000) que nos permite imaginar el funcionamiento del asentamiento al apreciar sus vialidades y las características de los edificios que conformaron la gran ciudad cempoalteca. El plano es la única evidencia que queda de la extensión del magnífico asentamiento y ha servido a los arqueólogos del siglo XX y XXI para poder ubicar sus hallazgos y hacer estudios demográficos y sociológicos, como los del arqueólogo Juergen Brueggemann y su equipo en la década de 1980 o los de don José García Payón en la de década de 1940 a 1950.

El último fragmento del texto se ocupa de las investigaciones que hiciera don Francisco del Paso en los pueblos y rancherías de las inmedia-

ciones de Cempoala, hasta sitios como Cotaxtla, Soledad y Oceloapan, acompañado del fotógrafo Rafael García, cuyas imágenes son tal vez los únicos registros con que se cuenta de algunas zonas arqueológicas y edificios ya desaparecidos o que perviven en franco deterioro.

David Maawad, en “La reconstrucción de un viaje”, nos traslada a una cápsula del tiempo capturada en imágenes por Rafael García y explicada por el propio Francisco del Paso y Troncoso. La mayor parte de las 144 “copias fotográficas de monumentos antiguos, tipos etnológicos modernos, paisajes y vistas de poblaciones, sacadas durante la expedición de Cempoala”, se incluye entre las páginas 40 y 238 de este gran libro en el que podemos saborear imágenes y textos inéditos que nos llevan a la vida de las comunidades de fines del siglo XIX, a las playas vírgenes de la Villa Rica, a las casas de guano y palma asentadas sobre las plataformas prehispánicas en el Agostadero y a la exuberante vegetación que cubrió con su velo a una fastuosa ciudad de la que queda mucho por investigar y conservar.

Judith Hernández Aranda

INAH-Veracruz